

Un contexto para Cesáreo

Gerardo de la Fuente Lora*

La década de los setentas del siglo pasado fue un período de fuertes debates teóricos e ideológicos, en todos los rincones del orbe y en los espacios especialmente dedicados a la producción, difusión y confrontación de ideas, como por ejemplo los partidos políticos, publicaciones periódicas, organizaciones sociales, universidades. En el terreno de la izquierda y el marxismo, despuntaban las críticas al socialismo real y al estalinismo, al tiempo que nacían corrientes como el eurocomunismo o las filosofías y teologías de la liberación, y adquirían nueva fuerza y prestancia las teorías críticas de la Escuela de Frankfurt, el austromarxismo, el gramscismo, e, incluso, las elaboraciones de las diferentes escuelas de freudmarxismo (Willhem Reich, Jacques Lacan). El florecimiento de ideas y debates no se restringía, por cierto, a los territorios de la izquierda, sino que acontecía también en el ámbito de la filosofía analítica, que procesaba los efectos de la revolución kuhniana, el giro pragmático basado en el segundo Wittgenstein y en John Dewey, o las aportaciones estructurales en filosofía de las matemáticas promovidas por Nicolas Bourbaki.

En medio de esa efervescencia, la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México, constituyó un lugar especial, extraordinario. La coincidencia de varios procesos (el exilio de intelectuales desde las dictaduras sudamericanas, el regreso de jóvenes que a raíz de la violencia estatal en México, en los sesentas, habían salido a terminar sus estudios en Europa o Estados Unidos; la formación de núcleos de cristianos progresistas en algunas ciudades mexicanas), hicieron que los corredores y las aulas de la Facultad se convirtieran en un hervidero permanente de debates e ideas.

En el espacio del marxismo y el pensamiento crítico, a mediados de los setentas se encontraban varios grupos enzarzados en intensas confrontaciones. Estaba el círculo encabezado por Adolfo Sánchez Vázquez, que promovía la filosofía de la praxis y reivindicaba como su bandera la lectura de los *Manuscritos Económico-Filosóficos de 1844*; la llegada de Néstor García Canclini llevó a la formación de un colectivo orientado hacia la estética y la crítica cultural, que chocó con la visión de la prohijada por Alberto Híjar (recién salido de la cárcel, a la que había sido condenado como preso político); otros se articularon en torno a Bolívar Echeverría y su Seminario de *El Capital*, que combinaba una cierta lectura de la Escuela de Frankfurt con Sartre e incluso Heidegger; en fin, estaban los altusserianos, encabezados por Cesáreo Morales, recién llegado de la Sorbonne y por Carlos Pereyra, el más brillante de los filósofos de su generación, fallecido prematuramente en 1988. Hacia el final del decenio que comentamos, a esas agrupaciones intelectuales se sumaron dos eminentes miembros de la filosofía de la liberación latinoamericana, Horacio Cerrutti y Enrique Dussel, cada uno de ellos viéndose rodeado, pronto, por sendos grupos de entusiastas alumnos.

Esas riquezas y diversidades intelectuales también pudieron encontrarse, por un breve periodo, en el espacio de la filosofía analítica mexicana, que abrevaba

* Colegio de Estudios Latinoamericanos, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM.

de las corrientes anglosajonas. También en ese terreno el exilio sudamericano constituyó una importante simiente. Al país llegaron pensadores como Carlos Pereda, Enrique Villanueva, Raúl Orayen, Ulises Moulines, e incluso Mario Bunge anduvo por algún tiempo en las aulas de la UNAM. En medio de la proliferación de grupos y polémicas, no cabe duda que la confrontación principal acontecía entre los analíticos y los marxistas, partición que, incluso, cristalizaba en una separación institucional, a saber, el Instituto de Investigaciones Filosóficas vs. la Facultad de Filosofía y Letras.

Cesáreo Morales regresó a México al comienzo de los setentas, después de haber estudiado su doctorado en Filosofía en la Sorbonne y haber trabajado directamente con Louis Althusser, Jacques Derrida y Etienne Balibar. No fue el primero en traer a México el pensamiento althusseriano, pues Enrique González Rojo y Raúl Olmedo ya habían comenzado a difundirlo, pero sin duda su actividad fue crucial para el fuerte impacto que esa filosofía tuvo en el país. El propio Cesáreo Morales consideró, en algún momento, que la incidencia del autor de *Lire Le Capital*, obedeció no solamente a sus propias posturas, sino a que con su forma de filosofar llegaron también las de los demás intelectuales conocidos después como postestructuralistas: Michel Foucault, Jacques Derrida, Gilles Deleuze, Jacques Lacan.

Si bien los textos de cada uno de estos filósofos suponen grandes diferencias -y polémicas- entre ellos, comparten un cierto "aire de familia", por usar una expresión wittgensteiniana. Y precisamente algo que caracteriza a la filosofía de Cesáreo Morales, dentro del campo althusseriano, es el intento permanente por vincular en mi mismo tren conceptual a todos esos autores, como puede verse, por ejemplo, al final del artículo que ahora presentamos, cuando se incorporan abiertamente temas foucaultianos, derrideanos y lacanianos en la propuesta, basada en *El Capital*, de una suerte de teoría general de los intercambios en la sociedad capitalista.

Entendiendo, a tono con Althusser, la filosofía como intervención, como incisión en la coyuntura, como trazado de líneas de demarcación, Cesáreo Morales escribe polémicamente y sus textos no pueden entenderse cabalmente sin hacer referencia al espacio de debate en el que se insertan. Contra todo hegelianismo, reivindica una concepción de las contradicciones como no equilibrables; frente a los marxismos humanistas, postula a *El Capital*, y no a los escritos de juventud, como la fuente auténtica del pensamiento de Marx; ante la noción de ideología como problema de conciencia -o de falsa conciencia- presenta lo ideológico como mecanismo y dispositivo; contra la idea de un pensamiento progresista basado en el empirismo y la propaganda, afirma la teoría y su elaboración al más alto nivel de abstracción posible; en fin, de cara al paradigma de la científicidad nomológico-deductiva, propone una nueva científicidad, la de *El Capital*, que es también del pensar transformador, en acto, de Lenin, de Mao, resumida en el título Teoría de las Formaciones Sociales.